



“Los Ángeles Negros”

Las baladas “Murió la flor”, “Y volveré” o “Cómo quisiera decirte” marcaron un hito en la historia sonora nacional: por primera vez se hacía música romántica con instrumentos de rock. ¿Los responsables de este nuevo formato? Un quinteto nacido en San Carlos bajo el nombre de “Los Ángeles Negros”. En 1968, ganaron un concurso de bandas juveniles convocado por la radio “La Discusión” de Chillán, que les permitió grabar su primer trabajo. En poco tiempo, se hicieron famosos en Chile y Latinoamérica, al punto que la prensa los llamó “Los Beatles Latinos”. Hoy, con más de 20 discos “Los Ángeles Negros” residen en México. De San Carlos a América...



En 2009, se reunieron para dar un concierto en el Teatro Caupolicán de Santiago.



Luis Ortíz, Miguel Ángel "Nano" Concha, Jorge González, Germaín de la Fuente y Mario Gutiérrez.

Los primeros pasos en San Carlos

En la Escuela Consolidada de San Carlos, el guitarrista Mario Gutiérrez conoció al bajo, el baterista y el tecladista con los que formaría su banda. Pero les faltaba la voz del grupo. En el pueblo se comentaba el talento de Germaín de la Fuente, por eso lo incorporaron. “Nunca me gustó la música en inglés. Quería ser un cantante bolerista, así que tuvieron que dejar su estructura rockera y adaptarse a mi repertorio romántico”, declaró el vocalista. En 1974, la conformación original –la sancarlina– se disolvió.



El fenómeno “cebollero”

Su música era conocida, despectivamente, como “cebolla” y, en un principio, las radios pocas veces la emitían. Sin embargo, el tema “Y volveré”, no solo fue N° 1, además tiene versiones internacionales de Raphael, Celia Cruz y el “Puma” Rodríguez. Asimismo, bandas chilenas como “Los Bunkers” y “Los Tres” han reeditado sus canciones.



Un clásico de los '60

“Cómo quisiera decirte, algo que llevo aquí dentro, clavado como una espina, y así va pasando el tiempo. Sin atinar a decirte, lo que a diario voy sintiendo, por temor quizás a oírte, cosas que oírte no quiero”.

FRAGMENTO DE “CÓMO QUISIERA DECIRTE” (1969) “LOS ÁNGELES NEGROS”.



Claudio Arrau

Hijo de un oftalmólogo chillanejo y de una pianista de Quirihue, Lucrecia León, cuya perseverancia fue fundamental en su carrera, al punto que el maestro no se cansaba de repetir que sin su madre la historia hubiera sido otra... Las sonatas de Beethoven, su compositor favorito, más las piezas de Mozart, Chopin, Schubert, Bach y Liszt, convirtieron a Claudio Arrau León (1903-1991) en uno de los genios musicales del siglo XX. Comenzó a tocar el piano a los tres años y cuando sólo tenía seis, ofreció su primer recital en su natal Chillán. Al poco tiempo, Arrau llegó con su madre a Alemania en búsqueda de más música. “Este niño ha de ser mi obra maestra”, dijo entonces su gran formador, Martín Krause.



“Los pianos del mundo se han cerrado.

Ha muerto el más grande de los pianistas de nuestro tiempo”.

DIARIO “LE FIGARO” (FRANCIA). PUBLICADO EL DÍA POSTERIOR A LA MUERTE DE ARRAU, EN 1991.

Pasión del “maestro” por Beethoven

“El don de la adivinación es un proceso que yo diría es mágico, porque el intérprete se transforma en –por ejemplo– Beethoven y sin ese proceso mágico es imposible interpretarlo. La partitura no lo dice todo, la partitura es un esqueleto, que hay que llenarla con la vida y con la sangre de uno”.

Extracto entrevista realizada por Inés María Cardone para La Tercera (1983).



Arrau con Plácido Domingo, 1983.



“El Mozart chileno”

En 1910, cuando solo tenía siete años, Arrau tocó para el presidente Pedro Montt. Impresionado por su talento, el mandatario le regaló una beca para que estudiara piano en el Conservatorio Stern de Berlín, donde años después sería profesor. Así comenzó su prolífica carrera internacional. Recién a sus 80 años, Chile le brindó el Premio Nacional de Arte (1983). “Ser reconocido por la gente de mi tierra, es para mí la consagración definitiva”, expresó.

Por petición expresa suya, sus restos descansan en el cementerio de Chillán.





Las hermanas Caracolito

“Caracol, caracolito, ven acá y dame un besito. Caracol, caracolazo ven acá y dame un abrazo...”. Hijas de doña Auristela Zambrano famosa cantora de la comarca, las hermanas Amanda y Elsa Acuña son parte de ese patrimonio inmaterial que cruza los siglos. Nacidas en San Carlos, de muy joven las niñas supieron que lo suyo sería la música y... el emprendimiento. Con conocidos restaurantes en Talcahuano, Parral y San Carlos, deleitaban a sus comensales con sabrosas plateadas y sus canciones con olor a huaso. Asimismo no había rodeo, trilla, vendimia o casamiento en la cual no estaban “animando la cueca”. Tan famosas se hicieron que, hacia 1940, las llamaron del sello RCA Víctor para grabar sus prodigiosas voces.



Amanda Acuña (1906-1999) y Elsa Acuña (1916-1987).

La cueca según Joaquín Edwards Bello

“La cueca es la borrachera de la música y ningún criollo puede oírla sin sentirse ebrio de lo indefinible. En otros bailes la mujer puede hacer a veces el papel de hombre: en la cueca nunca. Los sexos en la cueca quedan bárbaramente definidos”.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO EN “PANORAMA Y COLOR DE CHILE” DE ANTONIO ROCO DEL CAMPO (1939).



Folklore ñublense

“Cavilolén” (de Quillón) y “Nanihue” y “Peñihuén” (de Chillán) son conjuntos folclóricos de Ñuble con nombres en mapudungun que han recibido reconocimientos. Asimismo, en 2009, la cantora campesina, María Angelina Parra –nacida en Trehuaco– fue reconocida por la UNESCO como Tesoro Humano Vivo.

“La Criollita”

“Yo canto como los pájaros no más”. Elena Carrasco Rodríguez nació en la localidad de El Rosal de Pinto y de niña escuchaba a su abuela entonar “En Chillán planté una rosa” y tantas otras que la encauzaron a lo suyo: cantar. “En 1929, me invitaron a radio “Aliviol” (hoy Ñuble) para probarme pero me echaron inmediatamente al aire y me bautizaron con la “Criollita”. Después me pasé a la radio “La Discusión” y también llegué a la “Nuevo Mundo” de Santiago”.



Elena Carrasco (1904-1991).



Violeta, Lalo y Roberto Parra

Los hermanos Parra Sandoval nacieron, en su mayoría, en zonas rurales de Ñuble. Sus padres fueron una campesina y un profesor de música, por lo que desde niños se involucraron en el arte y la ruralidad.

Algunos se dedicaron a cultivar las letras (Nicanor), otros hicieron lo propio con la música (Lautaro, Hilda, Lalo y Roberto) y Óscar, entregó su vida al teatro.

Violeta (1917-1967) fue –y aún es– la integrante más reconocida de la familia: su legado musical y de artes visuales cruzó las barreras del país, atravesó generaciones y se instaló como un patrimonio universal. ¿Acaso sus “Gracias a la Vida”, “Volver a los

17”, “Casamiento de Negros”, “El Gavilán” y “Arauco tiene una pena” no son tarareadas en todas las latitudes y no llegaron hasta el museo Louvre de París sus arpilleras?

La casa donde ella nació en la comuna de San Carlos (El Roble 535) es hoy Monumento Nacional y un notable espacio para recordarla.



Casa Museo Violeta Parra en San Carlos.



“Gracias a la vida”, “Casamiento de negros” y “Volver a los 17” son las canciones más famosas de Violeta Parra.

“El día que yo no tenga un amor a quien dedicarle mis canciones, arrumaré mi guitarra en un rincón y me dejaré morir”.

VIOLETA PARRA, POCO ANTES DE SUICIDARSE EN SU CARPA DE LA REINA EN 1967.



El óleo de Violeta donde retrató a su familia y que tituló “Los Parra”.



Roberto, Lalo y la “cueca brava”

De niño Roberto Parra (1921-1995) salía junto a su hermano Eduardo a cantar en la calle para aportar a la economía familiar. Trabajó como guitarrista en circos y cabarets, hasta que se fue a Santiago, donde, junto a “Lalo”, formó el dúo “Hermanos Parra”.

Mientras Roberto creó sus famosas décimas para la “Negra Ester” (1971), una de las obras de teatro más vistas en la historia de Chile, el “tío Lalo” (1918-2009) siguió trabajando en la cueca brava.



En pleno siglo XXI, distintos músicos chilenos siguen recordando en sus presentaciones el legado de Lalo y Roberto Parra.



Víctor Jara

Un 28 de septiembre de 1932, el pueblo de San Ignacio vio nacer a Víctor Jara, el hijo de campesinos que años después se convertiría en una leyenda de la Nueva Canción Chilena.

Comenzó a trabajar al campo cuando solo tenía seis años: allí se encantó con la cueca y la tonada. Aunque su padre quería alejarlo de la música, su madre –una talentosa cantora, llamada Amanda– le enseñó a tocar la guitarra. Al poco tiempo dejó Ñuble y se fue a vivir a la población Los Nogales en Santiago, donde ofreció sus primeras tocatas e incursionó en teatro.

De ahí en adelante, su historia es conocida por todos.



Durante su juventud, Víctor Jara hizo el Servicio Militar. Sin embargo, al poco tiempo dejó el Regimiento para dedicarse a la música. La fotografía es de Patricio Guzmán Campos (1955-2011). LOM Ediciones (2010).

“Canto, qué mal que sales,
cuando tengo que cantar espanto.
Espanto como el que vivo,
espanto como el que muero”.

VÍCTOR JARA. LO ESCRIBIÓ EN UNA SERVILLETA, ANTES DE MORIR. HOY, LA FRASE ESTÁ EN UNA PLACA EN EL ESTADIO VÍCTOR JARA (EX ESTADIO CHILE).

11 de Septiembre, 1973

La noche del Golpe Militar, Víctor Jara se subió a un escenario capitalino. Al iniciar su presentación, un amigo le dijo: “Compañero, llegó el momento de cambiar la guitarra por el fusil”. Él respondió: “No, yo no sé disparar. La guitarra siempre sirve, aunque sea para animar a los combatientes”.

Al día siguiente, fue apresado en la U. Técnica del Estado y conducido al Estadio Chile. Allí fue cruelmente torturado y asesinado. Gracias a un aviso anónimo, su mujer Joan Turner pudo reconocer el cuerpo y enterrarlo clandestinamente. En 2016, el ex teniente Pedro Barrientos (hoy ciudadano estadounidense) fue declarado culpable de su asesinato por un tribunal norteamericano.



Así publicó la revista “La Bicicleta” (1984) la última entrevista de Víctor Jara, poco después de su muerte.

Cantautor comprometido

Víctor Jara fue un activo militante del Partido Comunista, que supo utilizar sus obras teatrales, y sus canciones para difundir mensajes sociales. A lo largo de su carrera, se presentó en distintos escenarios. El más recordado fue la famosa Peña de los Parra, donde conoció a Violeta. En 1969 grabó –junto al grupo Quilapayún– “Plegaria a un labrador”, la canción ganadora del Primer Festival de la Nueva Canción Chilena. De ese mismo año es “Te Recuerdo Amanda”, en honor a su madre y a su hija del mismo nombre.

Manifiesto

“Yo no canto por cantar ni por tener buena voz, canto porque la guitarra tiene sentido y razón.

Tiene corazón de tierra y alas de palomita, es como el agua bendita santigua glorias y penas”.

VÍCTOR JARA. FRAGMENTO DE “MANIFIESTO”, 1973.



Ramón Vinay

El mayor tenor de todos los tiempos comenzó a tocar el violín a los cinco años. Su madre incentivó su talento musical, al punto que cuando –en 1920– la familia se fue de Chillán a París, le contrató una profesora particular. Ramón Vinay (1911-1996) tomó sus primeras clases formales de canto en México donde se habían trasladado sus padres. Allí nació su carrera, hizo de Wagner su compositor favorito y alcanzó la fama mundial interpretando a “Otelo”, una adaptación musical de la obra de Shakespeare. Por años y años, el tenor recorrió los mejores escenarios del mundo, incluido –por cierto– el teatro Municipal de Santiago que le fue tan querido. Tras su muerte en México, su cuerpo fue trasladado al cementerio de su natal Chillán.



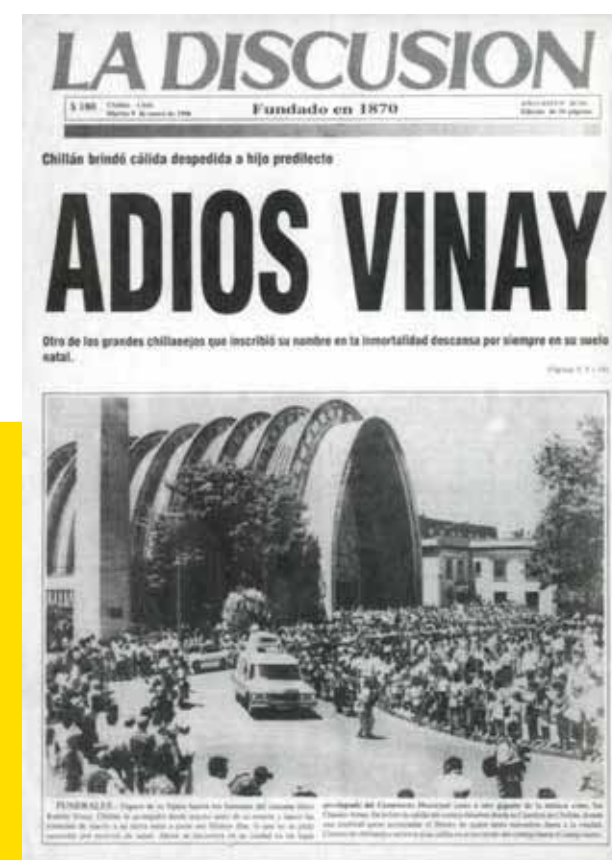
“La actuación de Vinay en ‘Otelo’ sería difícil de superar por artista alguno del presente o del pasado”, decía la crítica de “El Mercurio” hacia 1947.



Ramón Vinay en “Cirano di Bergerac” con Maria Callas, 1954



Áfiche de la presentación de Ramón Vinay en el Metropolitan Opera de Nueva York (1948).



“La Discusión” de Chillán (9/1/1996).

Admiración entre chillanejos
“Claudio Arrau confesó una vez que cuando sentía alguna depresión que podía afectar sus interpretaciones, sólo le faltaba ir a una función de Vinay u oír algunos de sus discos. Ramón –decía Arrau– es un artista simplemente conmovedor”.

Arturo Carvallo J. Diario “La Discusión”, Chillán, 1997.

